

ve la esperanza de una próxima felicidad, y mi corazón me anuncia que la de usted, así como la de Rafael, no retardarán.

—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

—Pero enviemos a nuestro amigo este retrato, que le colmará de ventura.

—Voy adentro para que venga el criado y lo lleve—dijo la anciana, y se alejó contenta de ver la alegría de su querido hijo.

—¡Ah! ¡Qué consuelo vierte en el alma la seguridad de ser amado!—exclamó Leopoldo, mirando el lazo enviado por Clotilde—. Hace un instante estaba inquieto, afligido; ahora me creo el más venturoso de los hombres, y sólo me aflige la suerte de Rafael y la de usted, amigo mío.

—¡La mía no tiene ya remedio!—dijo tristemente Núñez—. Cada día es más amarga y terrible; sí, más amarga y terrible, porque cada vez que me encuentro en la calle con esa Soledad, que reúne sus mismos hechizos, su misma gracia y su misma dulzura en su angélico semblante y en sus serenos ojos, se despiertan más vivos mis recuerdos hacia mi hermosa Adela, y comprendo más y más el inapreciable tesoro que he perdido.

—Pues qué, ¿ha vuelto usted a encontrar a Soledad?

—Hace un instante; cuando venía hacia aquí. Iba en el coche de don Felipe Flan; ¡y tan hermosa!... ¡Ah!... ¡Y ella me miró!... Reconoció en mí al hombre que la siguió el Jueves Santo hasta su casa, y que después no ha vuelto a pasar ni por su calle. ¡Oh! ¡Qué idea tan baja debe haber formado de mí!...

Y Núñez quedó meditabundo.

Leopoldo se acercó a él, y le dijo:

—¿No reconoce ese sentimiento de que forme un concepto desfavorable de usted una causa más profunda que el de pasar a sus ojos por ligero?

—¿Qué quiere usted decir, amigo mío?

—¿No siente usted hacia esa joven nada de lo que sentía usted hacia Adela?... ¿No se siente usted inclinado a amarla?

—¡Ah!...—contestó Núñez, conmovido—. Muchas veces me he hecho yo mismo esa pregunta... Pero no; yo no amo más que a Adela; yo no puedo amar a otra, no debo, no quiero amar a quien no sea ella.

Y se quedó abatido.

El criado entró en aquel momento.

Leopoldo le entregó el retrato que acababa de quitar del

caballete, y le ordenó que lo llevase inmediatamente a casa de Rafael.

El criado obedeció, y se fué.

Leopoldo miró el lazo enviado por Clotilde.

Lo besó con ardiente afán.

Guardó la caja en el bolsillo de su levita junto al corazón.

Miró con tierna compasión a Núñez, que permanecía quieto y con la cabeza caída sobre el pecho, en medio de la pieza.

Se acercó a él.

Le estrechó la mano, manifestando el interés que por él tomaba.

Se apoyó en su brazo, y luego, conduciéndole hacia la puerta, le dijo:

—Vamos a casa de Rafael, amigo mío, y busquemos los medios de poner término a los padecimientos. Adela y la hermosa Luz parecerán, lo espero, como espero que Clotilde será mía, a pesar de los obstáculos.

Y Núñez se dejó conducir por su amigo, sin pronunciar una palabra.

Poco después se dirigían a la casa de Rafael.

CAPITULO V

La meditación

Es la misma noche en que dejamos al esposo de la afligida Elisa preparándose para ir a jugar a la feria de Tlalpan, y pocas horas después de que vimos salir a Leopoldo y a Núñez hacia la casa de su amigo Rafael.

Una transparente vela de esperma, en un brillante candelero de plata, iluminaba un gabinete amueblado con lujo y exquisito gusto. Un magnífico espejo con preciosa luna de Venecia descansaba sobre una mesa de madera de rosa, de un trabajo delicado; un confidente y sillas de la misma exquisita madera, con asiento de damasco de seda azul, con flores blancas, formaban agradable consonancia con el rico empapelado de las paredes que imitaba un realzado terciopelo, matizado de primorosos colores; bellísimos grabados

de un mérito artístico sobresaliente con marcos dorados, representando los más notables episodios de la vida de Napoleón, colgaban en gruesos cordones de seda, de la vistosa pared; una mullida alfombra de Persia cubría el terso pavimento; rinconeras de admirables labores con lujosos floreros de cristal, ocupaban los cuatro ángulos; del cielorraso, pintado al temple por un inteligente artista, pendía una elegante lámpara de alabastro de primorosa hechura; sobre una mesa de mármol blanco, colocada en medio de la pieza, descansaba un reloj de una forma especial, en que navegaban una goleta con las velas desplegadas, y delicados transparentes con bellísimos paisajes campestres velaban las dos puertas vidrieras que comunicaban con un espacioso corredor, cubierto de macetas de raras y exquisitas flores.

Sentada detrás de la vidriera, y contemplando tristemente la luna, se veía una joven hermosa como la esperanza, y dulce y apacible como los ensueños de la infancia.

En su apacible y ovalado rostro se retrataba la profunda melancolía, asociada íntimamente al dolor y a la resignación.

Un traje blanco de primoroso corte, con adornos azules, envolvía las gallardas formas de su flexible cuerpo; una guirnalda de pequeñas flores artificiales, también blancas y azules, para que guardasen armonía con el flotante vestido, resaltaba sobre su abundante y negra cabellera que azulaba con los rayos de tibia luz que la luna enviaba al través de los limpios cristales que en aquel momento tenían alzado el transparente; un hilo de lucientes perlas, cerrado por delante con una cruz pequeña de brillantes, adornaba su nevado y gracioso cuello que se elevaba poético y airoso sobre sus ebúrneos y redondos hombros, velados por un finísimo pañuelo de vaporosa gasa; sus blancos y torneados brazos se veían adornados por elegantes pulseras de preciosas piedras turquesas que, por su color azul, había preferido para que formasen uniformidad con el resto de sus adornos; su pequeño pie estaba perfectamente calzado por un zapato blanco de primorosa hechura; y su linda y torneada mano sostenía un precioso abanico, que, al cerrarse, formaba un ramillete de flores blancas y azules, que era el color favorito de aquella simpática joven, color que simbolizaba la inocencia y virginidad de su alma.

En perfecta consonancia con su vaporoso y delicado traje, se encontraba el limpio firmamento.

Azul era el inmenso toldo que cubría el mundo, y blancos

los globos de luz que, como diáfanos brillantes, bordaban la alfombra de los cielos.

Parecía que los fúlgidos astros que titilaban en la celestial techumbre, y la blanca y misteriosa luna que presidía las silenciosas horas de la noche, enviaban una mirada de amor y de ternura a aquella hermosa joven que en actitud melancólica, y con los ojos fijos en la bóveda esplendente, parecía demandar consuelo y compasión para sus penas.

La flor del granado, el donjuan de noche, la suave azucena, la fragante rosa y el convólculo nocturno, especie de campanilla que abre sus flores en las tinieblas y que en pintados tiestos convertían el espacioso corredor en un ameno pensil, enviaban su regalado aroma en alas del blando céfiro que, penetrando por la vidriera que había entreabierto la pensativa joven, perfumaba su delicioso recinto y acariciaba en suaves ondulaciones las ligeras cintas de su flotante ropaje.

Nada alteraba la tranquilidad de esta contemplativa escena.

Todo yacía en sepulcral silencio.

Sólo de vez en cuando interrumpía aquel misterioso recogimiento que envolvía la creación, el sentido canto del trovador de las selvas, los amorosos acentos de un canoro zenzontle, que significaba «cien lenguas», infatigable pájaro que, descansando sobre el palo de una jaula que pendía del techo del corredor, se complacía en repetir ligeros trozos de varias sonatas populares que le habían enseñado.

Pero para la melancólica joven, ni los sentidos trinos del ave, ni el embriagador aroma de las modestas flores, encerraban atractivo alguno.

Su mirada estaba fija en el cielo, y de sus frescos y virginales labios parecía enviar envuelta en su balsámico aliento alguna misteriosa súplica que, remontándose sobre la luciente luna, cruzaba de astro en astro hasta llegar al resplendente trono de las misericordias.

Tan absorta estaba en la contemplación del seductor planeta que conmovía su alma, que no fijó la atención en un joven que, oculto detrás de las macetas, y sin apartar los ojos de ella, la miraba hacía un rato, de hito en hito.

Aquel joven no perdía ni uno solo de los movimientos de la hermosa.

Parecía haberse colocado allí sin otro fin que el de sorprender los cambios que se operasen en la franca fisonomía de la cándida virgen, los secretos de su corazón.

Pero aquel instante era, al parecer, sincero, tierno y amoroso.

Aquella fisonomía noble y expresiva no podía ser la faz careta de bastardas y fementidas pasiones, sino el limpio espejo de un alma modesta, leal y generosa.

De repente pareció estremecerse; en su angélico semblante se dibujó el tinte de un sentimiento profundo; su deliciosa boca se entreabrió melancólica, y sin que ni sus oídos mismos pudiesen percibir el más leve rumor de su acento, pronunció más bien con el corazón que con los labios, estas breves palabras:

—¡Me ha olvidado, sí!... ¡Me ha olvidado para siempre, en tanto que mi memoria sólo está despierta para él., para él, que me ha engañado...; para él, que con su ingratitud ha desvanecido todos mis ensueños de felicidad y ha desgarrado mi corazón!... ¡Núñez!... ¡Ah!... ¡Si tú supieras cuánto te amo!... ¡Pero no..., los hombres no son capaces de comprender los firmes quilates del amor de la mujer!... ¡Ellos no saben que cuando la mujer ama, ama con toda la verdad, con toda su alma..., con todas sus potencias!... ¡Ellos no conocen nuestro corazón, ni saben los tesoros de invariable amor que encierra!... ¡Núñez!... ¡Caro objeto de mi inextinguible pasión!..., ¿dónde te ocultas? ¿Por qué no vuelas al lado de esta infeliz mujer que ruega incesantemente al cielo por tu dicha? ¡Si tu amor no me perteneciese ya!... ¡Si amases a otra!... ¡Oh!... ¡Esto me haría padecer mucho!... ¡Mucho!..., ¡y acabaría con mi vida!...

Y la joven miró al cielo con una mezcla de espanto, de dolor y de fervorosa súplica, que conmovió profundamente al sér que la observaba en religioso silencio.

De sus hermosos ojos claros como su conciencia, rodaron suavemente dos lágrimas, que bañó con sus pálidos rayos la misteriosa luna.

El corazón del joven se comprimió horriblemente dentro del pecho al ver rodar aquel llanto por el apacible semblante de la virgen.

—¡Cuánto padece!...—exclamó para sí, enternecido—. ¡Oh! ¡Mi existencia entera diera por ahorrarle el más ligero pesar!...

Y se quedó mirándola tristemente, con esa indefinible mirada llena de interés y de cariño que no se debe describir, porque intentarlo sería desvirtuar el espiritualismo, la función celestial del alma.

La joven volvió a quedar en profundo silencio contemplando extasiada el brillante libro de la creación, donde leía

la grandeza del Hacedor Supremo, y el triste recuerdo de su venturoso pasado.

El soplo ligero del blando céfiro, impregnando sus ligeras alas en los cálices de las modestas flores, seguía embalsamando el ambiente que respiraba la hermosa, en su adornado gabinete.

El astro de la noche, tranquilo y majestuoso, continuaba resbalando su plateada luz por los celestiales semblantes de su triste admiradora.

Los millones de estrellas, que cual otros tantos ojos de la Providencia, brillaban en el inmenso espacio, parecían mantener con ella una correspondencia íntima y secreta, de amorosos sentimientos.

El cantor de los bosques vírgenes de América, el canoro zenzontle, seguía dando al viento con melancólicos trinos las notas más tiernas de las sonatas populares.

El corazón de la hermosa joven palpitaba conmovido por los dulces sentimientos que despertaban en su alma los misteriosos objetos de que se veía rodeada.

¡Cuántos recuerdos de amor y de ventura, de tiernos juramentos y de felicidad sin término, de cariñosos suspiros y de miradas dulcísimas, despertaban en su sensitivo pecho aquellos globos de luz que, mudos testigos de su pasión, le habían visto en una época, no lejana, al lado del hombre que le había hecho soñar con un mundo de inefables delicias!...

Entregada al éxtasis delicioso de sus ternísimas memorias, y contemplando arrobada las maravillas del ancho firmamento, en cada ligera sombra que velaba la blanca luz de algún astro, bebía el desengaño que eclipsaba el sol de sus amores, y un reguero de esperanza y de consuelo en cada estrella que, rasgando la importuna nube, aparecía con más fuerza.

El perfumado céfiro que besando el pétalo de las flores, iba a acariciar los suaves rizos de su negra cabellera, llevaba a su oído un juramento de amor en cada soplo, y un poema de felicidad en sus aromas.

Amaba, y para el que ama todo respira amor, y le recuerda las escenas más dulces de la vida.

Las flores, las aves, las fuentes, los ríos, los valles y los montes, todos aman para él, porque el amor es el paraíso terrestre de la vida, y el conjunto de todos los seres, de todas las plantas y de todos los planetas, no es otra cosa que las multiplicadas letras que forman el libro universal que contiene el canto del amor.

Cierto es que el amor tiene sus dolores, pero también la balsámica flor tiene sus espinas.

El mar sus borrascas.

El cielo sus tempestades, y el radiante sol sus eclipses.

Pero, ¿qué poema, por dulce y florido que sea, no tiene algún lunar que le oscurezca?

Las aves y las flores, que viven felices en medio de los campos y cuya existencia es un idilio de amor y de inocencia, en cada pluma o pétalo que les arranca el austro abrumador, lloran, las primeras, una ilusión perdida, y las flores, un funesto desengaño.

Y, ¡cuántas hojas no tiene que llorar el hombre, arrancadas de la flor de sus amores..., del libro de la vida!...

La joven, pues, que nos ocupa, lloraba como todo llora, lo mismo que ama, en la naturaleza.

¡Amar y llorar es el destino de la criatura en la tierra!

Quien no llora y no ama, es un desgraciado que tiene seco y cerrado su corazón a los más nobles afectos del alma..., a la compasión..., a la ternura..., a la caridad..., a los goces inefables con que Dios ha dotado al hombre para elevarle sobre todos los demás seres de la tierra!...

Las lágrimas que bañaban el pálido semblante de la hermosa, eran para el joven que la contemplaba oculto entre las flores, los sentidos caracteres en que leía los interesantes y puros sentimientos de su corazón tierno y virginal.

Conmovido por aquel llanto que a sus ojos descubría secretos íntimos en que estaba iniciado, miró a la hermosa con un interés profundo de amorosa compasión; sintió oprimirse el pecho con el peso de una pena violenta; miró al cielo como elevando una súplica ferviente; se retiró del sitio que ocupaba; sus labios se entreabrieron con melancólica expresión, y formularon estas breves palabras:

—¡Es preciso consolarla!

Y, sin detenerse un instante, se dirigió hacia la puerta de entrada que daba al gabinete, a la cual llamó con suaves golpes.

—¿Quién es?—preguntó la hermosa desde adentro, tomandolo otra actitud.

—Yo, querida amiga—contestó el joven, con acento dulce y melodioso.

—Pase usted adelante—dijo la hermosa, reconociendo la voz del que esperaba.

Este abrió la puerta, y penetró en el gabinete, haciendo un saludo natural y respetuoso.

Iba perfectamente vestido y en traje de etiqueta; en su mano, cubierta por un finísimo guante de cabritilla blanco, sostenía graciosamente del ala un sombrero flamante, negro, de última moda; su fisonomía era dulce y expresiva; sus ojos oscuros y rasgados, de un mirar tierno y amoroso; su cabello, que lo llevaba peinado con suma gracia, era castaño y ondulado, suave y brillante como la seda; y su cuerpo y todos sus modales, los de un hombre de buena sociedad y de esmerada educación.

La hermosa le tendió la mano con afabilidad, y le indicó que tomase asiento.

—Tiene usted muy pálido el semblante—dijo el joven, mirándola con respetuoso interés y tierna melancolía—. ¿Está usted mala, Soledad?

—Sí, don Félix, estoy mala—contestó con sentimiento la hermosa—; pero mi mal es de tristeza..., de desencanto y de amargura... Usted que me salvó del poder de un infame raptor; usted cuya excelente madre me cuidó con el afán y asiduidad que se dispensa a una tierna hija; usted que ha cumplido con el encargo que le hizo al expirar, de que me dispensase el cariño y la protección de un hermano, que me ha visto llorar noche y día por el hombre de cuyo lado me arrebataron la víspera en que debía unirme a él para siempre; usted que para con todos pasa por mi bondadoso primo, siendo en realidad el ángel de mi guarda..., que conoce la invariabilidad de mis sentimientos..., que sabe el secreto de mi corazón..., que amo al sér a quien nunca he olvidado..., a quien creía muerto, pues nadie me supo dar noticia de él, y cuyo inesperado encuentro me hizo ver abiertas las puertas de mi felicidad, para que su olvido me arrojase a la sima del dolor...; usted que no ignora nada de esto, comprenderá la fuerza del sentimiento que me agobia..., que me acompaña a todas horas..., que no me deja un solo instante...

Don Félix se conmovió profundamente, contuvo los latidos de su corazón, y contestó dulcemente:

—Pero, ¿está usted segura de que era él? ¿No pudo ser otro joven que se le pareciese?

—¡Ah!... ¡No, don Félix! ¡Era él..., era Núñez!... Mis ojos le examinaron, mi corazón le reconoció..., y el corazón de la mujer no se engaña...

—¡Cuánto le ama!...—exclamó tristemente para sí don Félix.

El lector extrañará que, siendo Adela el nombre de la mujer que Núñez amaba, se presente Soledad como el sér a

quien debió unirse; pero su extrañeza acabará cuando le digamos que Adela adoptó el segundo nombre desde el instante en que se vió arrebatada por los que destruyeron su felicidad.

Sí; y este nombre que abrazó, y que después siguió usando por motivos que más adelante conocerá el lector, era con el que le conoció don Félix, el cual ignoraba que tuviese el de Adela.

Don Félix, después de haber guardado un instante de silencio, y dominado por el aprecio que consagraba a la joven, añadió en voz alta:

—Y ¿no le ha vuelto usted a ver?

—Una sola vez desde ese día; he esperado horas enteras colocada detrás de la vidriera del balcón, con el sólo objeto de ver si pasaba por la calle, y nada... ¡No he tenido esa felicidad!

—Tal vez ignorará que vive usted aquí.

—No, don Félix; porque cuando él, que me había venido siguiendo, me vió entrar en esta casa, y se detuvo en la esquina, yo salí al balcón, y le indiqué que ésta era mi habitación.

—No comprendo entonces qué motivo haya influido en un cambio tan repentino.

—¡Su amor a otra, sin duda!... Sí, don Félix, ¡su amor a otra!... ¡Aquel amor que embalsamaba mi soledad y mi encierro, cuando me alimentaba la esperanza de que pensaba en mí..., de que lloraba mi desaparición..., de que me amaba como yo le amaba..., como le amo aún..., como le amaré a pesar de su ingratitud!...

Y los ojos de la hermosa se anegaron de lágrimas.

El joven se estremeció, y una sombra de tristeza y de dolor se dibujó en su semblante.

—Pero eso no puede ser—dijo don Félix, tratando de desterrar su melancolía y de consolarla—. Si ese cambio inconcebible se había operado en su alma, ¿qué objeto tenía el seguirla a usted, sin perderla un instante de vista?

—¡Satisfacer una pueril curiosidad, y nada más!...

—Pero, ¿para qué fueron las insignificantes demostraciones de amor que dirigió a usted al ausentarse?

—Para saber si yo le amaba. Si le hubiese contestado negativamente, tenía un motivo poderoso para culparme, y un pretexto legal para sincerarse con el mundo diciendo que yo había sido la primera en quebrantar mis antiguos juramentos; pero como vió patente mi pasión, como conoció que el tiempo, lejos de enlugar mi amor, le había prestado

más fuerza y energía, creyó, sin duda, que el partido más prudente era alejarse de mí..., no volverme a ver jamás..., dejarme condenada para siempre al llanto y al dolor...

Y Soledad se enjugó las lágrimas.

La infeliz acusaba de voluble a Núñez, que moría de amor por ella.

Al hombre que, por guardarla fidelidad, había renunciado al placer de verla, creyéndola una semejanza de la mujer que amaba.

—¡Oh!...—exclamó Félix, con un fuego y entusiasmo indescriptibles—. ¡Eso es imposible!... El hombre que ha tenido una vez la dicha de contemplar..., de admirar su angélica figura..., de comprender su mérito, y de conocer sus virtudes..., no puede olvidar a usted..., no puede amar a otra mujer..., no puede ser feliz sin su amor...

—Eso le parece a usted, don Félix, que me ve con los ojos del cariño de un bondadoso hermano..., a usted, cuya indulgencia para conmigo es inagotable..., a usted, que me ama con la dulzura y benevolencia de un bienhechor, y no con las exigencias de un amante.

—¡Es verdad!...—contestó Félix, tristemente—. ¡Yo no amo a usted más que como un hermano..., y no debo amarla de otra manera!... ¿No es esa mi obligación?

—¡Oh! ¡Gracias, gracias..., generoso Félix! ¡Ah! Yo también le amo a usted... Sí; le amo con el cariño de la más reconocida hermana...

Félix sintió discurrir por todo su cuerpo un flúido extraño que entorpeció su respiración, hizo desfallecer sus miembros y anudó su garganta; anhelaba la ventura de aquella mujer; deseaba que sus tormentos tuvieran un resultado feliz; que hallase en el hombre que amaba la correspondencia a su pasión, y, sin embargo, cuando los nacarados labios de la hermosa pronunciaban el nombre de Núñez y formulaban para él solo palabras de amor eterno, el corazón de Félix se prensaba dentro del pecho como si le oprimiese una horrible plancha de hierro o la losa del sepulcro.

En vano trataba el joven de explicarse esta contradicción que observaba en sus efectos.

—¿Por qué—se decía a sí mismo—, si yo prefiero la dicha de Soledad a mi propia dicha; si deseo con todo mi corazón que el mundo entero contribuya a su felicidad, experimento al escuchar el nombre de Núñez esa emoción profunda que me hiela la sangre y cubre de tristeza mi corazón? Y ¿aborreceré acaso a ese hombre que ningún daño

me ha hecho, a quien no conozco, cuando él es el objeto único que puede labrar la ventura de la mujer más buena de la tierra? ¡Ah! No...—añadió, estremeciéndose—. Yo no debo aborrecer, sino apreciar aquello que ama y aprecia Soledad... ¡Oh! No le aborrezco, no... Mi sentimiento nace sin duda de considerarme inferior a él para llenar el vacío del corazón del ángel que me fué encomendado; reconoce un origen noble, no bastardo y criminal...

Y Félix se quedó más consolado, más contento de sí mismo al persuadirse de que no era un sentimiento de envidia, sino de cariño fraternal, puro y desinteresado, el que le dominaba, cuando escuchaba de los labios de Soledad que sólo Núñez en el mundo podía consolar las hondas penas de su alma.

La joven, que estaba muy lejos de sospechar en las reflexiones que ocupaban a su supuesto primo, al verle triste y pensativo, le miró tiernamente, le tomó una mano, que llevó contra su pecho, y le dijo con el acento más dulce y cariñoso:

—¡Oh! Veo que padece usted al verme padecer...; venía usted contento, y yo le he entristecido... Perdóneme usted..., ya no volveré a hablar de mis padecimientos... Conozco mi imprudencia, y que no he hecho hasta ahora más que abusar de la benevolencia de usted... Sin embargo, esa imprudencia reconocía un origen noble... No tenía más que a usted sobre la tierra que me inspirase confianza y cariño, ni a quien comunicar mis penas y pedir consuelo... No tenía más a quien abrirle mi corazón y en quien depositar mis más íntimos secretos... ¡Me era tan dulce esto! Pero, ¿era justo, era racional que por encontrar consuelo a mis desdichas, llevase el dolor y la pena al pecho del más bueno y generoso de los hombres? No..., no; conozco que he traspasado los límites de lo conveniente, y a la vez que imploro indulgencia para el pasado, prometo ser menos molesta en lo venidero.

—¡Molesta!...—exclamó Félix, estrechando la mano de la joven con profundo cariño—. ¿Puede inferirnos molestia alguna jamás la persona que amamos? ¿Puede ser molesta la amiga para el amigo, la hermana para el hermano, la amante para el amante? ¿No son, acaso, comunes sus placeres lo mismo que sus penas? ¡O no le merezco a usted ya el cariño con que hasta hoy me ha favorecido!... ¡No, Soledad, no me retire usted su confianza!... ¡Con su reserva me haría usted creer que le era indiferente..., que me aborrecía!...

¡Y su indiferencia o su aborrecimiento me harían muy desgraciado!...

—Bien; seré tan sincera y comunicativa como hasta aquí, puesto que usted lo desea. Y, la verdad, ¡me es tan necesario tener una persona a quien abrirle mi corazón..., a quien contar cuanto hago, cuanto siento y cuanto pienso!...

Y Soledad dejó abandonada su blanca y preciosa mano en las de Félix, con una expresión de confianza cariñosa que conmovió el generoso corazón del joven; fijó en él sus grandes y bellos ojos con expresión indefinible, ese hechicero cariño que embriaga, esa mezcla de compasión y de reconocimiento que narcotiza el alma y la sumerge en un océano de fantásticas delicias.

La joven estaba seductora y hechicera, como el numen de la Esperanza.

Un rayo de luna bañaba el angélico semblante de la hermosa, comunicándole con su misteriosa luz ese espiritualismo, esa vaporosidad que realiza los miríficos seres de nuestros amorosos sueños.

Félix la miraba extasiado, adormecido de placer; tenía entre sus manos la suave y torneada de la joven..., sentía que una corriente eléctrica, introduciéndose por sus poros, llevaba a su corazón el dulce fuego de un sentimiento triste y grato a la vez; contemplaba la seductora y melancólica sonrisa que vagaba en los virginales labios de aquel ángel, que no apartaba de él sus divinos ojos revelándole su intensa gratitud; escuchaba en silencio la dulce respiración que elevaba suavemente el turgente y elevado seno de la virgen; sentía el embriagador encanto de su balsámico aliento, y al aspirarlo lleno de ansiedad y de ventura, bebió en un momento todo un siglo de inefable felicidad...

—¡Ah!... ¡Soy el más venturoso de los hombres!...—exclamó Félix, con blando y desmayado acento para descargar su pecho del exceso de felicidad que le embriagaba—. ¡También la amistad tiene sus placeres como el amor!... Sí, ahora lo conozco, y sus delicias no las cambiaría por todos los tesoros de la tierra... El amor es la esencia divina, el soplo creador, dulce y grato por su celestial origen, pero que envuelve también terribles penas, amarguras y sinsabores, como envuelve todo lo que toca el hombre; es una bellísima sirena que seduce hiriendo, que halaga martirizando los más preciosos años de la vida...; un genio que inicia al alma en los goces angélicos de la eternidad, y la hace conocer de repente los inferos tormentos de los réprobos...; un delicioso oasis en el valle de lágrimas que cruzamos, y un

borrascoso océano en que el hombre lucha entre el temor y la esperanza..., entre el mundo y el cielo..., entre la vida y la muerte... ¡Sí, este es el amor, mientras que la tierna amistad es la fuente mansa y perenne que refresca la exigencia; el fanal inmutable que la alumbraba sin abrasar; el sentimiento más desinteresado y noble del alma que la inunda de delicias en todos los instantes y en todas las circunstancias de la vida!...

—¡Ah! Sí; y esos inefables gozes que proporciona una amistad sincera, los he probado yo superabundantemente. Los martirios originados por el sentimiento del amor..., la amarga hiel de la ingratitud vertida en el alma por el hombre que idolatra, han encontrado su consolador alivio, su precioso bálsamo y su benéfica medicina, en la cordial y desinteresada amistad de usted.

—¡Y ojalá pudiera con ella devolverle a usted tierno y rendido, al sér que vive en vuestro corazón!

—Gracias.

—Pero ignoro quién es, y dónde vive, y es imposible que pueda descubrir la causa del cambio que usted teme.

—¡Y yo también ignoro la calle y casa en que habita!—dijo con profundo dolor la hermosa Soledad.

—Pero usted me ha dicho que le ha visto otra vez después del día que la vino siguiendo.

—Sí, don Félix.

—¿Y cuándo?

—Esta mañana, al venir en coche hacia casa.

—¿Dónde?

—En la calle de Plateros.

—¿En algún balcón?

—No; al cruzar la esquina de la calle de la Palma.

—¿Y vió a usted?

—Me vió y me saludó con atención y política, poniéndose pálido como la muerte. Pero no volvamos a tocar este punto que le entristece a usted, por la misma razón que toma parte activa en cuanto me pertenece—añadió, viendo que el semblante de Félix estaba velado por una sombra melancólica, y haciendo un esfuerzo para sonreírse—. Hablemos de música, de cosas alegres, puesto que vamos a concurrir a un concierto.

—Donde lucirá usted su linda voz y su inimitable estilo—dijo don Félix con afable franqueza.

—Hago todo lo posible para no desagradar a las personas que se dignan escucharme.

—¡Desagradar! Usted hace sentir a todos los efectos que

se propone expresar; no hay nadie que escuche indiferente la dulce melodía de su canto, y los aplausos que resuenan siempre al concluir la pieza, son la prueba enéquivoca del placer con que ha sido usted escuchada.

—Aplausos de sociedad, de mera galantería.

—¡Ah, no! Aplausos espontáneos arrancados por el mérito. No hay uno solo de los concurrentes que pronuncie la más leve palabra cuando usted canta; nadie quiere perder ni un compás, ni una nota, particularmente don Felipe, mi principal, que, conteniendo la respiración y olvidado de cuanto le rodea, sólo tiene ojos para fijarlos en usted y oídos para escucharla.

—¡Don Felipe!... ¡Ah!... Don Felipe sólo encuentra rival, en generosidad, con usted, don Félix. ¡Cuánto le debo! ¡Con qué atento esmero cuida de que nada me falte! Mi «tocador» es una pieza digna de una reina, en donde ha tenido particular empeño de que se encuentre cuanto la más presumida mujer pueda desear para realzar sus gracias. Yo no soy una extraña para él; soy una hermana..., soy una hija...

El ruido de un coche que rodó en el patio se escuchó en aquel momento.

—El carruaje está dispuesto; ya es hora de marchar—dijo don Félix, sacando un hermoso reloj inglés de oro, de dos tapas.

Soledad se levantó de su asiento, y le dijo:

—Tenga usted la bondad de esperarme un momento; voy a mi tocador para echarme la esencia favorita de don Felipe; si me busca, dígnese usted decirle que no me tardo.

—Está muy bien.

Y Soledad, gentil y esbelta, como un blanco cisne de Inglaterra, tocando apenas con su breve planta el alfombrado pavimento, abrió con su delicada mano una puerta vidriera, y desapareció como una angélica visión.

La pieza a que había entrado era preciso el tocador, ricamente alfombrado, iluminado en aquel instante por una luciente araña de finísimo cristal, que pendía de un vistoso cielorraso; recinto que nadie profanaba con su planta a no mediar un aviso y un consentimiento.

La forma de éste, por decirlo así, consejero y confidente del «buen tono», era de figura oval, al estilo de los tocadores de las distinguidas damas inglesas, con cuatro espejos de cuerpo entero que se elevaban desde el piso, colocados, uno en el frente, otro a cada lado, y el cuarto a la espalda, sirviendo este último de puerta al tocador, la cual, al cerrarse,

no dejaba señal ninguna de comunicación, quedando todo en perfecta simetría y reproduciendo a la persona que entraba, por todos lados a la vez.

Los otros tres espejos, que a los lados y al frente se encontraban, eran también otras tantas puertas de finísimos guardarropas de caoba, dentro de los cuales había un número considerable de astas de olorosa madera en forma de cruz, pendientes de lo alto, cuyo objeto era sostener los vestidos por las mangas, que se veían introducidas por ambos lados en el palo que formaba la cruz, para que los trajes no adquiriesen pliegue ni arruga alguna, y que la tela conservase su tersura, su belleza y su brillantez.

A cada uno de los lados de los espejos, y colocadas simétricamente, se levantaba una columna de mármol blanco con una bellísima estatua mitológica encima.

En una de ellas se veía a la Amistad, doncella joven y hermosa, tal como la adoraban los romanos, vestida de blanco, descubierto el pecho, ornada la sien de una corona tejida de mirto y flor de granado, con el corazón visible, y en él, estas palabras: «de cerca como de lejos»; estas otras, en la espaciosa frente: «en invierno y en verano»; y en la franja de la túnica esta leyenda: «en la vida y en la muerte». En el lado opuesto se veía a la Fidelidad, en forma de una mujer joven y cándida, vestida de blanco, con un corazón en la mano derecha, una nave en la izquierda y a sus pies un perro, símbolo de la fidelidad; ocupando los demás espacios, se descubría a la Piedad, a la Prudencia, al Pudor, joven hermosa, de modesto ademán y porte decoroso, cubierta siempre con un velo; a la Honestidad, a la Virtud y a las Tres Gracias, grupo bellísimo de tres hechiceras jóvenes, con el cabello suelto, la cintura estrecha, las formas vírgenes, pequeñas las bocas, enlazadas las manos, con un espejo en una mano y un ramo de mirto y rosas en la otra.

A la izquierda, entre el espejo que forma la puerta de entrada y la columna, ostentábase un bellissimo aparador cerrado con limpios vidrios, que tenían los colores del cielo-rraso. Este lindo aparador, que era de una hechura exquisita, se llamaba el «Nicho de Venus», por estar destinado a guardar todo lo que contribuye a realzar todos los atractivos de la belleza. Estaba dividido en varios anaqueles, en uno de los cuales se veían en brillantes pomitos de cristal, las aguas de Lavanda, de Colonia, de la Reina y de la Emperatriz; en otro, los vinagres aromáticos; en el tercero las pomadas más exquisitas, las opiatas y los elixires y

remedios para los ojos, el pelo, las cejas, el cutis, los dientes, los labios, el aliento, y suficiente cantidad de pasta de almendras amargas para lavarse frecuentemente las manos y el cuello.

En otra de las distribuciones, estaban los aceites y esencias de más mérito; y, por último, todos aquellos objetos de poco valor, pero indispensables y de mucha estima para el bello sexo, como son algodones, horquillas, alfileres y otra porción de menudencias, colocadas todas en distintas cajitas de bruñido y dorado cristal.

A la derecha del mismo espejo, entre éste y la columna inmediata, se admiraba un pequeño, pero gracioso estante, adornado también con vidrios de colores, y conteniendo varias obras perfectamente empastadas en exquisito tafete y con adornos dorados.

La mayor parte de estos elegantes libros, eran preciosos tratados de urbanidad: deberes del bello sexo en todos los estados de la vida; consejos para mantener las preeminencias e ilusiones de la juventud; cuentos y poesías amorosas; novelas tiernas y sentimentales, y algunas otras producciones del mismo género, entretenidas y morales, que disponían el ánimo al aseo y a la afabilidad.

Encima de cada uno de los espejos, y sobre una cinta de raso blanco, con letras grandes, doradas, extendida graciosamente, se veía un dístico alusivo al uso a que estaba destinado aquel voluptuoso recinto, el que al frente decía:

De la virtud y hermosura — cuide fiel la criatura.

El de la derecha contenía este pensamiento:

La más limpia y agraciada — siempre es la más obsequiada.

El de la izquierda:

Quien el aseo no olvida, — alarga salud y vida.

Y el último:

Al cuerpo es la pulcritud — lo que al alma la salud.

En medio de este encantador recinto, inspirado por la misma Venus, se levantaba cosa de dos palmos del pavimento, un torneado pie trabajado con exquisito gusto, sobre el cual descansaba un mullido asiento en forma de taburete, que, merced a un resorte que tenía en el centro, giraba hacia

todas partes, para que la joven pudiese estudiar la actitud que más noble creyese al sentarse.

A este asiento se le podía añadir al instante respaldo y brazos, pero sólo acontecía cuando la hermosa joven, huyendo del bullicio de la sociedad, se encerraba en aquel sagrado tocador y se entregaba a sus melancólicas reflexiones.

A una altura conveniente y a los dos lados del espejo de entrada, se veían cubiertas varias claraboyas para que comunicasen de día la conveniente luz a aquel recinto, y en el espesor que mediaba entre el cristal y la persiana se ostentaban algunas macetas de porcelana, simétricamente colocadas, que contenían exquisitas flores del más regalado aroma.

Soledad penetraba en este templo de las gracias y del adorno, más para acatar el deseo de su protector don Felipe, que se complacía en verla engalanada y deslumbrante, que porque su espíritu apreciase los perfumes y las galas.

Pero su favorecedor, aquel hombre que no perdía ocasión de manifestar el alto aprecio, tanto a ella como a don Félix, había creído sorprender su deseo proporcionándole cuanto juzgó estimable a los ojos de una hermosa joven, y no podía ella prescindir de adornarse, porque no atribuyese a desaire lo que era falta de presunción y de anhelo por brillar.

La gratitud, pues, hacía que Soledad mintiese afecto a los afeites, cuando su alma se inclinaba al retiro y a la contemplación.

Parecíale un horrible sarcasmo presentarse de blanco, cuando su corazón estaba cubierto de luto y de tristeza...

Pero era mujer; y la mujer es capaz de la más terrible abnegación. Es agradecida, y a la gratitud es capaz de sacrificar su tranquilidad, su bienestar, y si es preciso, hasta la vida.

Soledad concurría a los conciertos, como Isaac marchaba al sacrificio: por obediencia.

Amaba, y el que ama es un enfermo a quien el bullicio atormenta y mata.

Soledad se cubrió con una elegante manteleta; consultó con el tocador tristemente su adorno y su vestido; abrió con suave impulso el «Nicho de Venus»; conocía perfectamente que el «buen tono» exige que las personas bien educadas usen de las esencias propias del sitio a que van a concurrir.

Sabía, por lo mismo, que para asistir al teatro era preciso usar de los espíritus más sentidos para librarse de esta ma-

nera del tufo de los quinqués y de la cargazón de la atmósfera por los hálitos de una numerosa concurrencia. Estaba persuadida, asimismo, de que para un baile lo más propio era un olor ligero y agradable que sólo pudiera percibirlo la persona que se hallase inmediata; y que para un concierto particular, nada había más conveniente y en armonía con el «buen tono», que algunas gotas de agua de Lavanda o de Colonia, vertidas en el pañuelo.

Segura de esta verdad, destapó uno de los brillantes pomos que adornaban su precioso nicho, sacó un finísimo pañuelo blanco, primorosamente bordado, y vertió en él unas cuantas gotas de agua de Lavanda, por ser la que más le agradaba a su protector don Felipe.

Desempeñada esta operación, se dirigió al estante; quitó algunos libros para sacar del fondo una cajita de concha, que abrió con mano convulsa; sacó de ella el retrato de un elegante joven; lo miró un breve rato con apasionados ojos, exhaló un profundo suspiro y vertió algunas lágrimas sobre él, que brotaron del corazón.

Era el retrato de Núñez que le traía a la memoria los momentos más bellos de la vida; aquella época en que el amor lo embellece todo y todo lo poetiza.

Para el que ama, la efigie del objeto amado es el bien supremo de la tierra; el mudo y fiel depositario de sus afectos; el compasivo amigo que en la ausencia nos habla a todas horas del sér que idolatramos, y cuyos juramentos nos repite constantemente.

Soledad amaba, y amaba con esa pasión íntima, dulce, invariable, con que ama la mujer. Cierto es que aquel retrato que tristemente contemplaba, lejos de repetirle las promesas de fidelidad y de constancia de su amante, le denunciaba su traición, su abandono y su ingratitud; pero aquella traición, aquel abandono y aquella ingratitud, venían de una persona que idolatraba, a pesar de su infidelidad; de una persona que había vertido en su alma el primer sentimiento amoroso que la inundó de felicidad, y este sentimiento ejercía tanta influencia en su pecho, que sólo tenía compasión y benevolencia para quien tan altamente le había, en su concepto, ofendido.

—¡Oh! ¡Todo te lo perdono!—exclamó, contemplando el retrato—. Mis tormentos, mis dolores, el desencanto de mi alma..., mi tristeza..., mis lágrimas..., todo, todo acepto gustosa a cambio de tu felicidad... ¡Mi amor es incesantemente mayor que tu ingratitud!... ¡Mi memoria, superior a tu olvido..., y mayor que tus desprecios, mi indulgencia!...